

Alexandra Roma

La noche que paramos
el mundo

 Planeta

DISCO 1

LA NOCHE QUE PARAMOS EL MUNDO

CANCIÓN 1

LA PRIMERA VEZ QUE TÚ Y YO NOS VIMOS

Verso 1

MARINA

Llevaba dos gotas de perfume en el cuello y una bata de seda que resbaló suave por mi cuerpo hasta caer hecha un ovillo en el suelo.

—Joder, eres una delicia. —Álvaro tragó saliva y se acercó.

Hacia un año que estábamos juntos, justo un año desde aquella mañana en la que andaba ensimismada por el patio central de la Universidad Rey Juan Carlos, en Vicálvaro, cuando rompió a llover de repente y un estudiante de segundo de Derecho de pelo rubio rizado ataviado con mocasines corrió a toda prisa con un paraguas rojo para salvarme de la tormenta.

El mismo chico de pelo rubio rizado que tenía enfrente y que deslizó la mano por mi espalda desnuda trazando un sendero de piel erizada a su paso que finalizaba con sus dedos deshaciéndose sutilmente del enganche de mi sujetador.

—Dios... —Se santiguó.

—¿Qué haces?

—Tu cuerpo es un templo y tus pechos, Marina, podría mirarlos hasta que me muriera. Es más, me moriría para verlos.

—Deja de decir tonterías. —Le di un codazo y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba temblando. Él también tembló y me abrazó.

—Nada puede salir mal, te quiero. Va a ir mejor —asintió, y por fin alcé la mirada para encontrarme con sus ojos verdes de largas pestañas.

Iba a suceder. Así lo había decidido yo. Nuestra primera vez sería durante nuestro aniversario. El instante perfecto y memorable que merecía después de perder la virginidad en el verano de mis diecisiete años con un chico de mi instituto, en el asiento trasero del Audi de sus padres aparcado en el garaje, para que nunca más volviese a llamarme.

Habíamos alquilado una habitación en un hotel con vistas al casco antiguo de Madrid. La cama era enorme, olía a suavizante y nos habían dejado un jarrón con flores frescas. Relajé la respiración. No quería que me viera nerviosa. En general, no me gustaba mostrar esa clase de falta de control.

Era recta, ordenada y reflexiva.

Pensaba mucho.

Demasiado.

Tanto que cuando Álvaro me besó y le devolví la caricia seguí planificando lo que vendría hasta casi el orgasmo para que nada me pillase por sorpresa, y no me detuve ni siquiera cuando me dejó sobre el colchón y me arrancó las braguitas con delicadeza.

Lo vi quitarse los calzoncillos y observé su desnudez con curiosidad inocente, infantil. Él se inclinó hacia delante y, apoyándose en los codos, chocó sus labios con los míos y no paró de devorarme hasta que la urgencia lo obligó a separarse, rasgó el paquete que contenía el preservativo con los dientes y se lo puso.

Recuerdo contener el aliento como si realmente fuera mi primera vez y arquearme cuando me penetró.

Recuerdo la sensación de mi pecho al hincharse y cómo retorcí las sábanas entre los dedos.

Recuerdo que me apartó el pelo sudado que me caía en la cara con dulzura porque necesitaba ver mi «cara de ángel»

y notar una por una cómo las barreras del miedo se derrumbaban.

—Álvaro...

—¿Sí?

—Yo... yo... —titubeé ardiendo en deseo al ritmo de sus caderas, que se movían y me empujaban hundiéndose más y más en mí— yo también te quiero. Siento haber tardado tanto en decírtelo.

—¿Tanto? El tiempo no nos mide. Ratona, tú y yo somos para siempre.

Cerré los ojos y, por fin, logré que mi mente se quedase en blanco.

Me dediqué a sentirlo, acariciarlo y explorarlo con mis manos inexpertas preguntándome si lo estaría haciendo bien mientras permitía que jadeos roncros brotasen de mi garganta. Y entonces ocurrió, un foganazo que me partió en dos y la agradable humedad entre mis muslos. Tuve un orgasmo y fui feliz mientras nos duchábamos juntos. También conforme caí rendida sobre las sábanas blancas que olían a sexo.

Fui feliz hasta las tres y diecisiete minutos.

Y lo sé porque miré el reloj al despertarme en mitad de la noche y comprobar que Álvaro no estaba a mi lado en la cama. Parpadeé confusa, para habituarme a la oscuridad, y advertí que había luz en el cuarto de baño. La puerta estaba entornada, así que avancé en su dirección y...

—Boba, no te pongas celosa. Ha sido... ¿follar con una muñeca hinchable? Peor. Tenía menos vida. —Lo oí reírse y mis rodillas flojearon ante el impacto. Tuve que apoyarme en la pared—. Sí, joder, claro que se ha corrido, soy un amante excelente, pero a su estilo, como todo en ella, contenida, ni punto de comparación contigo, Malena.

No sé qué me afectó más. Los insultos, la humillación, el desengaño, mi seguridad resquebrajada o que el nombre que pronunciase mi novio fuese el de una de mis mejores

amigas (de mis pocas amigas, para ser exacta). El caso es que respiré hondo, recobré el equilibrio y, con los ojos anegados en lágrimas y una presión infinita en las costillas, me vestí sin hacer ruido y me marché del hotel con la barbilla en alto, bien tiesa y digna.

No lloré hasta llegar a un callejón estrecho sin salida y comprobar que estaba vacío. Nadie a la vista. Entonces sí, entonces me doblé por la mitad y me ahogué en mi propio llanto repleto de impotencia mientras mis venas bullían de rabia y, en pleno ojo del huracán, cuando peor me encontraba y me faltaba más oxígeno, la puerta lateral de un garito se abrió y salió un chico alto, muy alto, de pelo castaño desordenado que le caía sobre los ojos color chocolate.

—No puedes estar aquí, princesa.

Verso 2

NOAH

La banda de rock Al Borde del Abismo tenía una maldición. Las solistas nos duraban un chasquido de dedos, una semana la última, la mayoría gracias a Leo y a su solidaria bragueta dispuesta a abrirse a la menor ocasión y jodernos.

Fui detrás de la última cantante después de que le gritase no sé qué mierdas de una prima lejana que había resultado no serlo, pero llegué tarde. Al otro lado no estaba Estrella. En su lugar había una morena con una blusa blanca, zapatos de tacón de aguja y un pañuelo rojo de lunares anudado al cuello.

—No puedes estar aquí, princesa. —Levantó el rostro y se irguió. Tenía los labios carnosos, piel blanquecina, y el pelo liso con flequillo recto le tapaba parte de la cara.

—¿Quién lo dice?

—El cartel de propiedad privada. —Se lo señalé con la barbilla y me apoyé contra la pared con los brazos cruzados a la altura del pecho para estar cómodo durante el entretenimiento, que se preveía largo.

Tal y como sospechaba, la desconocida no confió en mi palabra y tuvo que comprobarlo por sí misma. Aproveché para sacar del bolsillo uno de los chupachups que me apaciguaban el mono por dejar de fumar, quitarle el plástico y metérmelo en la boca. Era de cereza.

Permanecí en la misma postura relajada hasta que ella me devolvió la atención con los humos rebajados.

Era una niña bien, pijita y orgullosa.

Mona.

—¿Qué es este sitio?

—La exclusiva terraza del *backstage* de los músicos en Ruido —aclaré sin dar más explicaciones.

—Parece un simple callejón. —Arrugó la nariz y chupé el caramelo estudiándola fijamente.

Sus ojos persiguieron el movimiento del chupachups por mi boca a lo largo de la mandíbula cuadrada y, al darse cuenta de que la estaba observando, las mejillas se le tiñeron de un rosáceo terriblemente adorable.

—¿Querías algo?

—No, ya me iba para dejarte en tu... ¿reservado al aire libre estaría bien?

—Perfecto. —En ese instante clavó sus ojos verdes en los míos, sosteniéndome la mirada, y advertí que estaban enrojecidos e hinchados.

—¿Todo bien, princesa?

—La alergia, por la noche, se dispara. Un horror —le restó importancia y, sin más, se despidió con la mano y dio media vuelta para marcharse.

Antes de salir a la luz, se alisó la falda y se peinó la camisa con los dedos. Pensé que era guapa, estirada y lo opuesto a mí, sí, pero bonita. Leo no habría terminado aquella conversación sin su teléfono. Sin embargo, yo no era el capullo de mi mejor amigo y la olvidé en cuanto dobló la esquina y se perdió entre la gente.

Esperé diez minutos fuera hasta que fue evidente que Estrella no volvería.

Dentro aguardaba el resto de la banda.

Enzo, nuestro dulce guitarrista de pelo infinito negro, amante del cuero, los tirantes y la plata, fue el primero en hablar.

—¿No ha habido suerte con Lucía?

—Estrella —lo corrigió Victoria, su melliza, mientras ju-

gueteaba con las baquetas de la batería. Tenía el pelo alborotado, castaño claro, y un maquillaje ahumado que le otorgaba un aspecto endemoniadamente angelical—. Lucía fue la del mes pasado, la que se largó después de la actuación a la que vinieron tres personas.

—¿Veis? —Nuestro solista, Leo, se benefició de la información tirado en el sofá como si nada—. No siempre es por mí.

—El noventa y nueve por ciento de las veces... —refunfuñó Enzo en voz baja—. ¿Cómo lo arreglamos? Hijos de una Hiena está a punto de acabar. Somos los siguientes en salir al escenario.

Antes de que lo hicieran sabía que todos me mirarían suplicantes.

—No.

—Vamos, tío, eres nuestra única esperanza. —Leo se puso en pie de un salto y me dedicó su sonrisa infalible.

—Conmigo no funciona.

—Hagamos un trato. Prometo no tirarme a la próxima solista si a cambio hoy, solo esta noche, tú cantas. —El muy cabrón me conocía mejor que nadie y sabía que lo mío era el bajo, componer y muy de vez en cuando hacer la segunda voz. Nada de aferrarme al micro.

Pero llevaba razón. Teníamos poco margen de manobra, ningún contacto en la agenda al que llamar para situaciones urgentes, y la oportunidad de tocar en aquel garito pendiente de un hilo que se cortaría si los dejábamos tirados un jueves universitario con la sala a reventar de personas a la hora en la que más caja hacían.

En realidad, no tenía opción.

—Vale. —Me rodeó los hombros con el brazo para celebrarlo mientras trataba de despeinarme con la mano—. Como nos la vuelvas a liar, te la corto.

Verso 3

MARINA

El sonido de mis tacones rebotando contra el asfalto cesó al frenar en seco.

Lo lógico habría sido respirar hondo, enderezar la espalda y continuar hasta Príncipe Pío, donde habría aguardado rodeada de borrachos en la parada a que asomase el bus que me llevaría de vuelta a Villaviciosa de Odón. Pero no lo hice. Esa noche no actuaba como Marina Roig.

Esa noche no era yo.

A cada paso que daba me rompía, y eso dolía, vaya si lo hacía.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo molesta por mi actitud. Solo había una cosa que odiaba más que sentirme frágil y vulnerable: compadecerme, y era exactamente lo que estaba haciendo. Inspiré profundamente y espiré. Álvaro me había hecho daño, de eso no había ninguna duda. Además, era una herida interna, en mi propia autoestima, de las que más lastiman. Podía llegar a casa, encerrarme en mi habitación y seguir llorando como un bebé hasta que amaneciera o hacer algo totalmente impropio en mí.

Me recogí el pelo en una coleta alta y desfundé el móvil.

Tenía veintitrés llamadas perdidas de mi ex. Supuse que ya había leído la nota que amablemente le había dejado reposando en mi lado de la almohada y que decía:

«Eres un impresentable.»

Sonreí al imaginarlo desesperado buscándome, y acto se-

guido me pregunté por qué iba a estarlo, por qué tanto esfuerzo durante meses fingiendo quererme para estar conmigo si por sus palabras quedaba claro que no le gustaba. Era incomprendible. Era... Mis divagaciones se vieron interrumpidas por un pinchazo que me agujoneaba el bazo, aparté los pensamientos y proseguí con mi plan.

Solo había una persona de mi agenda que con total seguridad estaba despierta a esas horas. Bendita casualidad que se tratase de la única que vendría quemando ruedas al fin del mundo si se lo pedía, mi mejor amiga y mi alma gemela desde el instituto: Emma.

La llamé.

—¿Marina? —vaciló.

—Hola.

—¿A estas horas no te dabas el baño de formol para mantener tu belleza intacta? ¿Qué te pasa?

—Necesito verte.

—¿Ahora?

—Lo que tardes en vestirme.

—Son más de las tres y tú nunca te vas a dormir después de las dos.

—Es importante.

—Eso espero —concedió—. Estoy en plena batalla con las hadas y las muy hijas de puta ganan terreno. —Emma era una friki de los videojuegos, tanto que siempre afirmaba que tenía dos vidas, la real (con ojitos de corderillo degollado) y la ficticia (dando saltitos entusiasmada).

—Álvaro y yo hemos roto.

—¿Te ha dejado él?

—Creo que yo.

—¿Crees?

—Le he dejado una nota llamándolo «impresentable», espero que pille la indirecta.

—Ay, nena, estas cosas se avisan. Se me acaban de poner los pelillos como esarpas. Qué orgullosa estoy de ti.

—¿Álvaro no te gustaba?

—Era demasiado perfecto... y tú te mereces alguien alucinante. —Se hizo un silencio cómodo, confortable, caliente—. Doy las órdenes precisas a mi clan para exterminar a las jodidas hadas de la faz de la Tierra y voy. Manda ubicación.

—Gracias por acudir a mi llamada de emergencia.

—Marina..., no te me pongas ñoña, que me da repelús. Además, pienso beberme hasta el agua de los floreros y correrá de tu cuenta.

Colgamos.

Tuve que leer el letrero de la calle para saber dónde estaba. Ni idea. Le envié la ubicación. Después, fingí ojear el móvil mientras esperaba, aunque la realidad es que no me atreví a desbloquearlo por temor a encontrarme con un mensaje suyo o con una imagen nuestra que me lanzara de lleno al agujero negro que se estaba formando en la boca de mi estómago y que no hacía otra cosa que expandirse.

En algún momento tendría que volver a casa, lo sabía, igual que sabía que entonces sería inevitable chocar con mi mirada triste mientras me desmaquillaba en el espejo y repasar los puntos de presión en mi cuerpo en los que el recuerdo de su roce quemaba al ponerme el pijama. Pero antes... antes tenía la posibilidad de distraerme. Podía estirar la burbuja de *shock* que me envolvía y mantener las emociones fuera un rato. Y eso era exactamente lo que planeaba hacer. Colocar un ligero velo, una tirita por encima de la herida.

Emma bajó de un taxi al rato. Apareció con una mochila pequeña a la espalda, falda vaquera, zapatillas y los cascos de hormiga atómica en el cuello con el cable colgando porque la muy desastre se había olvidado de quitárselos.

Me saludó con un abrazo y me estrechó contra su pecho. Yo era poco dada al contacto humano, incluso los dos besos cordiales me chirriaban, pero ese abrazo lo agradecí y, aunque no supe muy bien cómo reaccionar y lo hice de un modo torpe, recuerdo que al separarnos me sentí más entera y que

esa sensación, en apariencia efímera, perduró con el paso del tiempo y aún hoy puedo rememorarla.

—¿Comparamos Coca-Cola y vinacho en el chino, nos agenciamos un banco bonito y despotricamos contra el género masculino durante horas? Es mi plan favorito —sugirió entusiasmada.

—También podemos entrar ahí a tomar algo. Hay música en directo. —Señalé el garito en el que varias personas fumaban en la puerta.

—Rock —puntualizó mi amiga—, lo que suena es rock.

—Lo sé. —Me encogí de hombros y ella abrió los ojos como platos para acto seguido achicarlos y observarme suspicaz como si fuese un extraterrestre.

—Marina proponiendo internarnos en las fauces de un garito de mala muerte. Esto es más grave de lo que parece.

—He ido a muchos conciertos...

—De los Jonas Brothers y con el nombre de Nick escrito en la frente. No es precisamente lo mismo...

—Fue Joe, y no veo la necesidad de que saques todos mis trapos sucios a relucir, solo era una propuesta. —Apreté los labios y Emma me acarició el dorso de la mano.

—Nena, es coña. Entramos donde tú quieras y hacemos lo que dicte esa cabecita —suavizó el tono—. ¿Estás bien?

No. No lo estaba. Para nada. Mi novio y Malena habían resultado ser un fraude, la noche que debía tornarse inolvidable fue un golpe para mi autoestima y confianza, y, mierda, me notaba la piel sucia, con sus palabras sobre mis nulas capacidades sexuales rebotando contra ella para contaminarla.

Mi primer impulso fue mentir a Emma. Dibujar una sonrisa convincente y restarle hierro a la situación, pero no pude y opté por una verdad a medias.

—Lo estaré.

—Bien dicho.

No tuvimos que esperar en la cola. Dentro, el pub tampoco estaba tan mal y...

Vale, me horrorizó. Era oscuro, las personas sudadas como pollos no respetaban mi amado círculo de espacio personal y el sonido atronador de la banda que tocaba en el escenario casi me revienta los tímpanos.

Alcé la barbilla para ver de puntillas al grupo culpable de aquel tremendo despropósito para los oídos y me topé con el chico alto del callejón bajo un cartel en el que se leía Al Borde del Abismo. Tocaba el bajo concentrado en primera línea con un insolente chupachups en la boca mientras un tío con el pelo rubio ceniza casi rapado cantaba aferrado al micrófono con voz provocativa, una chica atizaba la batería y un tipo de pelo largo arrancaba notas a una guitarra por encima de su cabeza como si fuera un juego y él un genio.

¿Dónde me había metido?

Me fijé otra vez en el bajista, en sus brazos torneados, el modo en que los mechones desordenados le caían por la frente y cómo lamía el dulce con un movimiento lento y seductor.

Hipnótico.

Objetivamente estaba muy bueno, como diría Emma. Subjetivamente, representaba aquello que no me atraía en un hombre. Desorden, caos, improvisación.

Carraspeé para hacerme oír por encima del ruido.

—¿Pedimos?

—¿Malibú con piña para ti y ron cola para mí?

—Sí —acompañé la palabra con un asentimiento firme— y dos chupitos de tequila.

—¿Estás segura? Nena —dijo con tono comprensivo en medio de aquellos cánticos satánicos—, que tú hueles por encima el tequila y vuelves a casa gateando.

—Lo estoy.

Por supuesto que no lo estaba. Era irónico que yo, que siempre me había llenado la boca diciendo que emborracharse por una ruptura era inmaduro y patético, fuese de frente y sin frenos a chocarme con lo que tantas veces había criticado.

—Vale, ¿qué coño te ha hecho el puto de Álvaro?

—Me engañaba con Malena.

«Y piensa que follar conmigo es peor que hacerlo con una muñeca hinchable», omití.

—¿Con tu *superamigu*? —No ocultó el desagrado que le producía mi compañera de universidad, aunque eso venía de antes. Desde que había entrado en Relaciones Internacionales, mi relación con Emma se había enfriado, distanciado, mientras que con Malena, a la que conocí el primer día de clase, se estrechaba. Digamos que estaba un pelín celosa y no la soportaba en absoluto.

—Con Malena, sí.

—A estos me los cargo. Asco de gente, joder.

—Oye, Emma, ¿te puedo hacer una pregunta? ¿Tú dirías que soy una persona... contenida? Con sinceridad, por favor. —No me podía sacar de la mente el maldito comentario de «claro que se ha corrido, pero a su estilo, como todo en ella, contenida».

—Eres prudente, sensata, una tía formal con buen juicio, y que no me entere yo de que un mierda seca te hace sentir que eso está mal, que termino detenida.

—La cuestión es que nunca he hecho nada espontáneo, así, tipo arrebato...

—Pues hazlo esta noche. Algo que no te pegue en absoluto.

—¿Como qué?

—¡Ni idea! Dejémoslo en manos del alcohol y de su magnífica capacidad de inspiración. —Se abrió paso entre el gentío hasta la barra y pidió no dos, sino cuatro chupitos de tequila al camarero—. ¡Por las locuras de las que nos arrepentiremos mañana!

—No sé... —El miedo me paralizó y por eso mismo agarré el vaso y lo levanté con determinación—. ¡Por las locuras de las que nos arrepentiremos mañana!

Fue mi perdición.

Verso 4

NOAH

Cerrábamos todos nuestros conciertos con una *cover* de *What's Up*, de 4 Non Blondes, a dos voces.

Manteníamos el ritual desde que tocábamos en bares cu-tres a cambio de cerveza fría hasta entonces, cuando lo hacíamos en un local medio decente con gente que realmente disfrutaba con nuestra música. Era nuestro talismán y, gracias a que Leo la había jodido con la solista, me veía en la encrucijada de tener que cantar.

Empezaría él, como siempre, yo me uniría en «And I say, hey-ey-ey-ey», me cedería el mando en «And I try, oh my God do I try» y nos juntaríamos de nuevo en el estribillo.

A diferencia de la traca final, este tema nos gustaba interpretar de un modo íntimo, como si le estuviéramos haciendo el amor a la letra y prolongásemos el orgasmo en la garganta. Enzo paraba de hacer llamativos malabares con la guitarra y Victoria entornaba los ojos extasiada mientras la voz de Leo, más irreverente y vibrante que nunca, empastaba con la mía rota.

Lo teníamos dominado. Al cabo de cinco minutos estábamos despidiéndonos.

El mellizo y yo arrancamos al unísono las primeras notas a las cuerdas y Leo se incorporó justo a tiempo. Sostenía el micrófono con ambas manos pegado a la boca y ladeaba la cabeza de un lado a otro mirando fijamente hacia abajo, como si viese a las personas que se agolpaban enfrente del

escenario en lugar de estar cegado por los focos. Cada movimiento estaba medido, pero el tío lograba que pareciese natural.

Deshacía al público, no hay otra manera de decirlo.

Todo iba sobre ruedas cuando desencajó el micro del trípode para acercarse a mí. Los asistentes bailaban mecidos en un mar en calma y nos estaba quedando una canción cojonuda para que cayese el telón. Me saqué el chupachups de la boca e iba a empezar a entonar cuando algo inesperado entró en escena para perturbar nuestra paz.

Parpadeé un par de veces confundido mientras seguía el rumbo que me marcaba el gesto disimulado de mi amigo, y es que allí, bajo las tablas, estaba ella, la princesa.

Se aproximaba como una apisonadora tambaleándose como si se hubiera bebido todas las botellas de ese bar y hubiese atracado el siguiente. El pelo liso, que en algún momento de la noche debía de haber estado recogido para evitar el sofocante calor, parecía una bola de paja enmarañada de las que cruzan el desierto, tenía el rímel corrido y había perdido el sentido del oído, porque era imposible que no escuchase las quejas de la gente a la que apartaba para llegar a la primera fila.

—Dámelo. —Levantó su mano exigente.

Leo y yo nos miramos sin saber muy bien qué hacer.

—¡Que me lo des...! —Saltó e intentó atraparlo. No era la primera vez que un espontáneo quería que le dejásemos el micrófono a toda costa. Normalmente cedíamos, salvo en dos excepciones: que la persona en cuestión fuese pasadísima o que el tema que estuviésemos tocando en ese momento se tratase de *What's Up*. Ella cumplía las dos. Era un no rotundo—. ¡Tengo que cantar! —Balbuceó no sé qué rollo de hacer locuras y arrepentirse—. Venga, chico, no puedes estar aquí —me imitó y se partió de risa sola—. Vaya, así, de cerca, tus labios son tan bonitos... —Hipó ida y sus dedos se desplazaron hacia ellos—. Seguro que besas bien, seguro que...

—Le enchufé el micrófono antes de que el resto de los asistentes, que ya la abucheaban sin piedad, la echasen a patadas a la calle, y me preparé para ser testigo de cómo destrozaban una de mis canciones favoritas—. ¡Por los tíos que engañan a sus novias y los pillan! —chilló.

La oí carraspear y entorné los ojos con resignación.

Al terminar, cumplió su amenaza de echarse a cantar.

Estoy seguro de que todos en ese pub nos sorprendimos.

Hostias con la voz que se gastaba la princesa, mataba del gusto.

Despegué los párpados poco a poco porque necesitaba verlo para creerlo. Ese timbre, su inexperta afinación, la musicalidad, el ritmo... Joder, cubría agudos inalcanzables como si se tratase de un maldito juego en lugar de una genialidad.

Era impactante.

Sublime.

En aquel momento la distinguí a través de su voz, y ella... ella perdió el equilibrio.